

REAL ACADEMIA SEVILLANA  
DE  
BUENAS LETRAS

---

CONMEMORACION  
DEL ANIVERSARIO CCLIX

DE LA  
MUERTE DE CERVANTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1875.

---

SEVILLA: 1875.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>ª</sup>, Impresores,  
*calle de Tetuan, número 24.*





REAL ACADEMIA SEVILLANA  
DE  
BUENAS LETRAS

---

CONMEMORACION  
DEL ANIVERSARIO CCLIX

DE LA  
MUERTE DE CERVANTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1875.

---

SEVILLA: 1875.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.<sup>a</sup>, Impresores,  
*calle de Tetuan, número 24.*



ACTAS.



# JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL VIÉRNES 23 DE ABRIL DE 1875.

---

## CONCURRENTES

### LOS SRES.

De Gabriel, *Vice-Director*.  
Campos, *que hizo de Censor*.  
Sota, *Bibliotecario*.  
Santos.  
García Portillo.  
Ríos.  
Guichot.  
Lopez Sanchez.  
Millet.  
Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunidos los Sres. Académicos que constan al margen, á las diez de la mañana, en la Iglesia Parroquial del Arcángel S. Miguel, con objeto de asistir á las Honras fúnebres acordadas por la Corporacion para el día de hoy, aniversario CCLIX de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, en sufragio del alma de tan esclarecido Escritor, Príncipe de nuestros Injénios, se verificó el acto, cantándose una misa de *Requiem* por el Presbítero Sr. D. Francisco García Portillo, Académico de número; en la cual oficiaron como Diácono y Sub-Diácono dos Sres. Sacerdotes adscriptos á dicha Parroquia.

Concluída esta parte de las Honras, se cantó un solemne Responso, con lo que terminó el acto de que certifico.

*El Vice-Director,*

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

*El Secretario 1.º,*

GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.





# JUNTA PÚBLICA

## DEL VIÉRNES 23 DE ABRIL DE 1875.

*Presidencia del Sr. Vice-Director.*

### CONCURRENTES

#### Los Sres.

De Gabriel, *Vice-Director*.  
Campos, *que hizo de Censor*.  
Alcaide, *Secretario 2.º*  
Sota, *Bibliotecario*.  
Jimenez.  
Santos.  
Rios.  
Tubino.  
Amores.  
Góngora.  
Chiralt.  
Guichot.  
Solis.  
Marquez.  
Rodriguez.  
Millet.

Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunida la Academia, con asistencia de los individuos de su seno, anotados al márgen, á fin de adjudicar en Junta pública y solemne los premios ofrecidos en el Certámen poético abierto en honor de Miguel de Cervantes Saavedra, y para conmemorar el día de hoy, aniversario CCLIX de su fallecimiento; acto, al cual concurrían asimismo los Sres. Presidente de la Excmá. Diputación Provincial; Dean de la Santa Iglesia Catedral; Vice-Presidente de la Academia de Medicina y Cirujía; Teniente General, D. Eduardo Fernandez San Roman, Director General de Ingenieros; y Marqués de Gaviro, como tambien un numeroso y selecto público compuesto de personas de ámbos sexos, ávidos todos de rendir un tributo de admiración á la memoria del Príncipe de los Ingenios españoles, abrió el Sr. Vice-Director la sesión á la una y media de la tarde, leyendo las Preces que previene el Reglamento.

Seguidamente el Infrascrito leyó la parte del Acta de la Junta celebrada en 16 del corriente Abril, referente al Certámen, en que consta el dictámen de la Sección de Literatura y su aprobación unánime por la Academia. De acuerdo con él, se manifestó por el Sr. Vice-Director que ninguna Poesía habia obtenido el Premio sobre el primer tema, y que la Srta. D.<sup>ña</sup> Isabel Cheix Martinez era

autora de la que habia alcanzado el *Accésit*, siendo su titulo *La Muerte de Cervántes*.

En cuanto á las Poesías presentadas sobre el segundo tema proclamó como autor de la que se habia calificado como digna del Premio, titulada *Leonor Dávalos*, á D. Manuel Cano y Cueto; y como autor de la designada para el *Accésit*, que se denomina *Fernando de Herrera*, á D. José Sánchez Arjona.

El infrascrito D. Gonzalo Segovia y Ardizone, Académico de número, leyó un discurso encaminado á examinar á Cervántes como español, como caballero y como cristiano. Terminada la lectura en medio de grandes aplausos, fué llamada por el Sr. Vice-Director la Srta. D.<sup>a</sup> Isabel Cheix de Martinez, para que leyera su Poesía, y no hallándose presente, fué leída por dicho Sr. Vice-Director, y saludada á su terminacion por las mayores demostraciones de aprecio.

Llamado despues el Sr. Cano y Cueto, procedió á la lectura de su Poesía, recibiendo entusiastas muestras de aprobacion, y de manos del Sr. Presidente de la Diputacion Provincial, D. Miguel Carvajal y Mendieta, un pensamiento de oro y esmalte, que á este fin le entregó galantemente el Sr. Vice-Director.

Despues fué llamado D. José Sanchez Arjona para que leyera su Poesía, lo que verificó, siendo muy aplaudido.

El Sr. Vice-Director declaró terminado el acto despues de dirigir elocuentes frases de gratitud á todos los concurrentes, que habian prestado con su asistencia más solemnidad á la conmemoracion del aniversario del Príncipe de nuestros Ingénios.

*El Vice-Director,*  
FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA.

*El Secretario 1.º,*  
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

DISCURSO  
DEL  
SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.  
ACADÉMICO DE NÚMERO



Pocas horas há, hemos asistido sin pompa ni ostentacion de ninguna clase, á un acto sencillo en su forma, sublime por lo que en sí encierra, grande y magestuoso por su significacion; en esos momentos á que me refiero hemos elevado nuestros corazones á mundos mejores, y saliéndonos de lo terrestre que nos rodea, nuestras oraciones han volado al trono del Altísimo, al mismo tiempo que el Ministro del Señor pedía paz y gloria para los muertos.

Ahora venimos á este recinto, llamando aquí á Sevilla entera, congregándola á nuestro alrededor y haciéndola partícipe de nuestro entusiasmo; ahora parece como que solemnizamos la vida, cuando ántes nos hemos inclinado ante la muerte. Y es, Sres. Académicos, que dedicando en este día toda nuestra alma, toda nuestra inteligencia á la mayor honra de Cervántes, hemos de tributarle homenajes á su muerte, vítores y aplausos á su vida. Esta mañana rogábamos por el hombre, esta tarde cantamos al génio; esta mañana abatíamos nuestras frentes ante la pequeñez de las cosas mundanas y pedíamos á Dios un puesto á su lado para el que, víctima de desdichas sin cuento, siempre tuvo la resignacion por norte y la fé por guía; esta tarde levantamos erguidas nuestras cabezas, nuestros labios se abren para prorrumpir en gritos de admiracion; to-

dos los esfuerzos de nuestras mentes nos parecen pocos para formar corona valiosa que depositar ante ese busto, para pregonar su inmortalidad, para añadir una nueva ovacion á las que el mundo entero le rinde entusiasmado.

¡Cervántes!... Este nombre sólo llena toda una Literatura; su glória ha traspasado los umbrales de los tiempos, y ella bastaría á inmortalizar á su pátria, que, en medio de sus azares é infortunios, vive de recuerdos ilustres y alienta en la memoria de sus precláros hijos.

Hoy hace doscientos cincuenta y nueve años que exhaló su último suspiro Miguel de Cervántes Saavedra, que dió su último adios á un mundo, ingrato siempre para él, que penetró en la mansion de los muertos para adquirir doble vida, la vida de la inmortalidad eterna concedida al justo y la vida del aplauso y la admiracion que había de tributarle la posteridad.

Permitidme, señores, que me detenga algunos breves instantes ante el triste espectáculo de su muerte. En pobre casa, en humildísimo lecho, postrado con agudos dolores, preso el corazon de duros martirios y acompañado tan sólo de una mujer, su amante esposa, de un buen amigo, de un médico y de un sacerdote, espiraba aquel hombre superior. Era una hermosa mañana del mes de Abril; mes en que todo dá señales de vida, en que parece que el cielo y el suelo rien, y en que la naturaleza, despertando de un largo sueño, se viste con todas sus galas; el sol empezaba á derramar sus rayos por Oriente, coloreando aguas y flores con sus vivísimos reflejos; todo anunciaba la fuerza, la salud, la vida, la alegría; júbilo por do quier; lágrimas en aquel estrecho recinto en que se apagaba una existencia: ¡qué contraste tan elocuente! Olvidado

de todos, pobre y desvalido, Cervántes entregaba su alma á Dios en aquella hora en que el sol empezaba su peregrinacion por la tierra; él habia terminado la suya, y lleno de fé se dormía al sentir las alas del ángel que se pesaban sobre su frente: el mundo lo dejaba en el abandono, el mundo que más tarde no encontraría ni coronas con que adornarle, ni voces con que pregonar su inmenso jénio. Sobre él cayó la losa de una tumba, pero, nuevo Lázaro, levantóse de su sepulcro, y hoy vive y está entre nosotros, nos ilumina en nuestras taréas, nos alienta en nuestros desfallecimientos; que el sol radiante de su inteligencia, la chispa ardiente de su preclaro génio irradiá por doquier, salva distancias, no halla barreras, y, como verdadero sol, asoma por el Oriente de las Letras castellanas, sin ocultarse jamás para alumbrar siempre á España con vivísimos destellos.....

No voy, Sres. Académicos, en los breves instantes que ocupe vuestra atencion, no voy repito, á considerar á Cervántes como escritor; no voy á detenerme en juzgar ninguna de sus obras: ¿qué podría yo hacer digno de vosotros, ni qué decir que tuviera ni aún el mérito de la novedad? Españoles y extranjeros se han ocupado constantemente de su libro inmortal, y desde lo más verdadero y más sencillo, hasta lo más falso y estravagante, todo se ha dicho, tanto con respecto al escritor como con relacion á todas sus obras, y muy especialmente á su *D. Quijote*. Insignes literatos, muchos de los cuales son honra de esta Academia, lo han juzgado bajo todos los puntos de vista, y han buscado y aplaudido en Cervántes al médico, al geógrafo, al marino, al militar, al filósofo, al historiador, al jurista, al político, al poeta, al novelista; se le ha llamado republicano federal por algun escritor



francés, y no falta tampoco quien se haya ocupado de sus conocimientos gastronómicos. Su libro ha sido apreciado y criticado por todos, entendiéndose de modo muy diverso y dando lugar á continuas discusiones, su sentido íntimo; ¡quién cree ver retratos y pinturas tomadas del natural en todos sus personajes! ¡Quién pretende revestir toda la obra de una profunda intencion filosófica! ¡Quién se afana en encontrar cosas ocultas en aquel cúmulo de gracias! Mientras dure la vida de la humanidad, Cervántes y el *Quijote*, ocuparán constantemente su atencion. Examinados el escritor y el libro bajo todas sus fases, ni puedo ni debo entrar en camino tan trillado, ni tengo fuerzas para lanzarme por nuevos senderos; mi pequeñez me abate, y sólo por cumplir un deber académico, echo hoy sobre mis hombros esta carga que me abruma y que acepté únicamente fiado en vuestra benevolencia, compañera inseparable del saber.

Voy á ocuparme, en las cortas dimensiones que este trabajo permite, en considerar á Cervántes como hombre y en juzgarle á grandes rasgos bajo estos tres puntos de vista: como español, como caballero, como cristiano. Este estudio nos dará el conocimiento de su carácter y su modo de ser, y al verlo salir triunfante en todos los terrenos, nos enorgullecerá admirar al hombre tanto como al escritor.

Cervántes vino al mundo en época feliz para la pátria; ningun pueblo era tan grande, entónces, como el español. Victorioso despues de siete siglos de lucha, habia consumado la obra santa y gloriosa de su reconquista, y orgulloso con sus triunfos, fijaba sus ojos en Europa como intentando desafiarla en aquel jigantesco siglo. Isabel la Católica habia realizado la unidad nacional. Colon habia conquistado un nuevo mundo,

Cárlos I, ceñía á sus sienes la corona imperial; Felipe II, al fijar la Córte en Madrid, situado en medio de la nacion, intentaba asegurar á la España católica la preponderancia definitiva en el continente, y soñó con la monarquía universal. Cervántes, nacido en tiempo tan próspero, entró en la vida lleno de esperanzas y alegrías dispuesto á luchar con el destino y buscando aventuras por do quier; orgulloso con su suerte sobre la tierra, no vió nada más allá de la nacion á que servía, y esta primera época de su vida se distingue por el entusiasmo; y educado en Alcalá de Henares, foco de instruccion y saber, la Atenas española, segun la frase de un ilustre cervantista francés, el amor pátrio rebosa en todos sus actos, y dando pruebas del más ardiente españolismo, no buscó más que ocasiones en que derramar su sangre por acrecentar el brillo magestuoso de la nacion. Vive en el siglo de oro de la monarquía española: nunca fueron mayores las glórias de la pátria; jamás fué más fecunda y magnífica su literatura, y el arte desplegaba sus riquezas con tanta libertad como inspiracion. Cervántes piensa más en su pátria que en su persona, y llevado en sus primeros años de su aficion poética y su génio literario, dá los primeros pasos en la senda de la poesía deseoso de fijar su planta entre los escritores de su tiempo. El afan de viajar, segun unos, la necesidad de huir de persecuciones, á consecuencia de haber herido en desafio á Antonio Sigura, segun otros, á cuya opinion me adhiero, fué causa de que, abandonando á Madrid y acompañando al Cardenal Acuaviva, fuese á Roma al cumplir los veinte años.

Entónces empieza su vida como soldado español; al llegar á Italia siente nacer en su espíritu la vocacion militar y vibra en sus oidos el rumor de las armas, que sonaba por todas partes,

y especialmente por el lado del Mediterráneo; los turcos y sus inauditos progresos llenaban de asombro al mundo; las flotas de los sultanes reinaban en los mares; sus almirantes parecían invencibles; sus corsarios desafiaban todas las persecuciones. Europa temía la consolidación definitiva de esta raza guerrera, poseedora al mismo tiempo de la organización activa de los pueblos conquistadores y del fervoroso proselitismo de las religiones nacientes; saqueaban las penínsulas vecinas á la suya esperando someterlas más tarde á su yugo, y tranquilos y confiados en el porvenir, envueltos en su fatalismo oriental, impacientaban al orgullo español, que se deshacía en furibundas amenazas. Choque terrible se prepara; el Mediterráneo correrá en breve rojo de sangre y será teatro de grandes sucesos, de heroicas aventuras; allí se decidirá la suerte del mundo, y allí sacudirá por siempre Europa las cadenas con que los turcos intentaban avasallarla.

Cervántes piensa sólo en que es español, y guiado por su amor á la pátria, vuela á dar su sangre por ella, y, heróico testigo de tanta hazaña, lucha al lado de los valerosos capitanes españoles, y á bordo de la Marquesa, galera de Doria, y á las órdenes de Diego de Urbina asiste á tan grandioso espectáculo, que nos narra él mismo con admirable sencillez. Enfermo y encerrado en su camarote se apercibe de que llega el momento de la lucha y pide un puesto de peligro; desoye los ruegos de Mateo de Santistéban, que le aconseja no abandone el lecho, y consigue por fin ser colocado con doce hombres en un esquife al costado de la galera, y formando honrosa avanzada, ¿qué le importan sus heridas? ¿Qué la muerte? ¿Qué su propia persona? Todo esto es nada; morir por su rey, por su Dios, por su pátria, hé aquí su deseo, sus aspiraciones; morir

venciendo, hé aquí su ideal. Más tarde, en 1573, se realiza la triste expedición de los españoles á la Goleta, y Cervántes acude allí al lado de D. Juan de Austria: sabido es de todos el fin de este suceso, y él mismo lo describe con profundo dolor. Aquí terminan sus hechos de armas, aquí dá principio su cautiverio y aquí empieza á manifestarse su patriotismo de modo distinto. Cervántes ve con asombro los rápidos progresos del mahometismo y concibe el pensamiento, que guarda hasta el fin de sus días, de levantar el espíritu de su país y de hacerle conocer los progresos del enemigo; su cruzada comienza en Alger, y si por la fuerza nada puede conseguir, inténtalo con el ejemplo y la palabra. Conocida es de todos vosotros, Sres. Académicos, su historia en Alger y su constancia en preparar su evasión. Además, no entra en mi propósito hacer su biografía; cumple sólo á mi pensamiento detenerme un instante en todo aquello que demuestre su patriotismo, por lo mismo que ha sido combatido.

Al ser redimido por los padres Trinitarios, otro pensamiento fijo vive impreso en su mente: terminar con la esclavitud; y pobre, enfermo, desvalido, lo lleva al Teatro, como único modo de hacerse comprender, y consagra sus trabajos á tan fecunda idea. Cervántes no es el misionero que predica nueva cruzada; no es el pintor que traza á grandes rasgos el cuadro del mundo musulman, nó; es el soldado, el cautivo, el español que sufre al ver que su pátria vá por camino torcido.

En sus obras, en las comedias dedicadas á tratar este asunto, poco le importa la fama de escritor, nada los triunfos literarios; todo lo sacrifica al interés nacional, y sólo piensa en inculcar con su pluma lo que yá había pretendido con su espada: concluir con la esclavitud y hacer que cambiase una

política que, según su juicio leal, llevaba al precipicio.

¡Cuánto pudiéramos escribir sobre esta materia si no nos viésemos obligados á seguir rápidamente nuestro modesto estudio! ¡Qué llena de interés está la vida del escritor en este período en que se desarrollan acontecimientos de trascendencia para España! ¡Cómo nos sorprende y nos llena de curiosidad el estado de Europa en todo el magnífico siglo XVI! Y ¡qué eslabonados están estos mismos sucesos con las aventuras del desventurado Miguel! Al terminar ese siglo feliz, se ha operado en Cervántes transformación sorprendente; al entusiasmo ha sucedido el abatimiento, á los arranques de su alma una terrible ironía; sin saberlo él mismo introduce el escalpelo en las entrañas de aquel cuerpo que se corrompe, y no pudiendo sanarle con la persuasión, con el ejemplo y con sus generosos gritos de alerta, le enseña sus llagas, le manifiesta sus vicios, y valiéndose del ridículo, arma la más poderosa en todos los tiempos, presenta cuadros completos del porvenir, y, como el cisne, muere cantando la gloria de su patria, que ingrata ni le oye, ni le atiende, ni se cura de la verdad y la intencion de sus libros.

Cervántes, lo ha dicho un ilustre escritor, al volver de su cautiverio, siente en su pecho ódio mortal á los descreídos, ferviente adoracion por la libertad, resignacion sin límite para sufrir las desgracias; vuelto á España y sufriendo constantes desengaños, piensa de nuevo en la milicia y hace las campañas de 1581—83, en las que adquiere nuevos lauros, y al terminar este período, es decir, en 1584, empieza su vida literaria, que dá comienzo con la *Galatea* y fin con *Perisiles* y *Segismunda*. Tambien es el principio de vida más triste y azarosa que nunca, de privaciones sin cuento, de de-

cepciones amargas, de tristezas infinitas; cesante y aventurero, corre de pueblo en pueblo buscando el sustento necesario en empleos impropios de su carácter, y sufre hasta excomunion... ¡Él, católico y creyente en todos los instantes de su existencia! Él, tan amante de la libertad, vése reducido á prisión, y, sin embargo, entre hierros, con hambre, atormentado por el afán de buscar tumba en país lejano, y cuando parece que su espíritu no debe vivir más que para el llanto y la desesperación, el *Quijote* se escapa de su mente y sale armado de todas las armas del injénio, la agudeza, la profundidad, la gracia, y con todo el sello revelante de una inteligencia que aparece más brillante y más espléndida á medida que se ve más abatida. *Don Quijote* es el azote de los pedantes de la época, la carcajada del hombre que ve decaer los grandes caracteres, honra siempre de la nación española, el sarcasmo más fuerte lanzado á la frente de una sociedad que se derumbaba, de una aristocracia que se complacía en ridículas exageraciones y malgastaba el tiempo que debía destinar á engrandecer, la gloria de la nación do no se puso el sol. Cervántes lo presiente, lo teme y quiere poner de manifiesto la verdad, y su crítica siempre es brillante y llena de fuego; encierra en sí la elegancia de los poetas, la franqueza de los niños, el secreto de agradar de las mujeres, y sin pretensiones de sábio llega á donde quiere. ¡Arte y secreto maravilloso! Criticar inventando, hacer de una ficción una realidad, formar la novela para examinar la historia, y entre chistes, aventuras, episodios, retratos y caricaturas, pintar de mano maestra la sociedad y enseñarle sus flaquezas y ridiculeces. Nuestro muy querido amigo, el ilustre cervantista Sr. Asensio, no los decía en el año último en elocuentes frases: «Cervántes fué inventor.»

Perdonadme, Sres. Académicos, si me he salido un tanto del tema de mi discurso; no es posible hablar de Cervántes sin detenerse embelesado ante su libro: además, cumple á mi propósito probaros que todo en él obedece á un espíritu esencialmente español, que le obligaba á no pensar más que en su pátria, y dedica á ella su espada, su mente y su pluma.

El fin de aquel hombre ilustre se acerca, y al entusiasmo primitivo, á la ironía que le sucedió más tarde, sigue extraordinaria resignacion cristiana, gran conformidad con todos los infortunios. En aquellos momentos Felipe II ha muerto, y con él desaparece su estéril ambicion sin llevar á cabo ninguno de sus planes. Su débil dinastía viste el duelo de la monarquía española: la grandeza de la Nacion ha empezado á decaer con la paz de Vervins; la nobleza castellana busca en los placeres diversion á su tristeza, al poderío del trono sucede ridícula etiqueta cortesana, y parece llegado el momento de dolorosa transicion entre la aurora de Cárlos I, y la noche de Cárlos II.

Cervántes, colocado entre la edad media y el principio de los tiempos modernos, presenta, como dice un sábio escritor, dos tipos diversos: el caballero español y el político profundo, el soldado y el escritor, el jóven Cervántes que adora, y el viejo Cervántes que satiriza lo mismo que adoró: por etapas ha admirado y ha ridiculizado el espíritu aventurero que dió grandeza á Castilla en los tiempos medios, y que causó su ruina en los modernos. De dos modos ama á su pátria, y cuando la espada se rompe en sus manos, esgrime la pluma como arma de verdad; ante sus ojos declinaba la estrella de la nacion española, y él solo tiene el valor y el talento de decirlo; ataca rudamente convicciones arraigadas, (y en esto

se funda la imprudencia de que él mismo se lamentaba), pone al desnudo verdaderos defectos, y en vez de maldecir á Europa, combate el espíritu de exclusivismo, que habiendo preservado á España en el siglo IX de la invasion musulmana le aislaba en el XVII de la vida política. Por esta franqueza se le ha reprochado su falta de patriotismo, y este es mi último argumento en su defensa; es cierto que ha presentado á su país un espejo para que se mirase en él, pero él mismo lo dice: «la verdad hay que confesarla siempre.» Su patriotismo es el de la desesperacion. Léase su obra; castiga en ella lo que más quería, se mofa de las ilusiones de que vivió siempre, y la contradiccion en él es prueba de buena fé y la severidad de afecto; quería, en fin, que España fuese la aliada del Norte y reina del Mediodía, y que diese señales de fuerza y vigor en su organizacion, y de vigor y energía en su literatura: ataca las ideas, los sentimientos, los vicios y llora con las lágrimas del hijo bueno la enfermedad de su madre, que hace rápidos progresos... Decidme vosotros, Sres. Académicos, si despues de estos desaliñados renglones no os convenceis plenamente de que Cervántes fué ante todo español, y de que todo lo sacrificó siempre al bien de su pátria.

Los mismos argumentos expuestos para demostraros la tésis anterior nos producen la íntima persuasion de que Cervántes fué cumplido y acabado modelo de caballeros. Su origen era de los más preclaros y su familia descendía de nobles patricios encanecidos en el servicio de las armas; desde niño respiró en su casa la atmósfera especial de la nobleza y guarda toda su vida el sello inquebrantable de su orgullo de familia; su apellido materno era Saavedra, y este nombre hace latir su corazon; los Saavedras eran tan nobles como el Rey,



y habian seguido á sus soberanos en toda la magnífica obra de la reconquista. Pocos rastros han llegado hasta nosotros de su juventud; pero los bastantes sin embargo, para saber que una hidalguía estremada, una caballeridad que llevaba á la exajeracion, dominaban en él; su pobreza le enseñó á ser orgulloso, y á los veinte años rebosan en su alma los sentimientos jenerosos y levantados. Yá hemos hecho mencion de sus campañas; modelo de pundonor, y con la vista fija en sus antepasados, pelea hasta ser herido y no descansa ni sosiega, apesar de estar postrado en el lecho del dolor, hasta que puede gritar: «Soy digno descendiente de mis abuelos;» Más tarde llora, como, caballero español las desgracias ocurridas en la *Goleta*, y vuelve á su pátria ganoso de libertad y fama y ansioso de láuros; en este momento es apresado; en su cautiverio resalta más la entereza de su carácter; desde el primer instante sólo sueña en la fuga; sus intentos se multiplican, todos ellos fracasan, y, al ser descubierto, cúlparse únicamente á sí mismo y pide el castigo á voces, encubriendo siempre á sus compañeros y ofreciendo su vida por salvar la de muchos.

En su vida errante y fatigosa, en los tristes años de su edad madura, dá pruebas constantes de su pundonor nunca desmentido, y el desdichado cobrador de alcabalas, el mísero aprovisionador de los ejércitos lleva siempre la frente levantada, aún cuando lo encierre dura cárcel: Cervántes es mártir de sus caballerosas ideas.

Pero en ninguna parte resaltan tanto sus sentimientos como en sus obras; escribe en las circunstancias más azarosas; nadie le sonrie; parece estar abandonado del cielo y de la tierra; no se han escuchado sus consejos, ni se corrijen los vicios que anatematizaba y sin embargo, la sátira que brota de su

pluma siempre es noble, siempre es fina; nunca hiere al desnudo, siempre hay lealtad y grandeza en todas sus frases, y en el momento en que puede sospechar lo contrario arroja su pluma diciendo: «que si la leccion en estas novelas pudiese inducir, á quien las leyere, á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortára la mano con que las escribí que sacarlas al público.» Toca el ridículo con habilidad pasmosa, pero se detiene en los justos límites, y su libro es modelo de cultura, de distincion, de verdadera hidalguía.

Dos cualidades tan preciosas como dignas de respeto dominan su alma; la gratitud más entusiasta llena su corazon, la alteza de su carácter le impide adular al pōderoso ni humillarse ante el grande; toda su vida recuerda los beneficios recibidos y deja á la posteridad pruebas palpables de ello, asociando su nombre al de sus bienhechores, y colocándolos en las primeras hojas de sus libros ó dirijiéndole afectuosas cartas de despedida. Cuatro dias ántes de su muerte se despide del Conde de Lemos, dedicándole su *Persiles*, y su carta es modelo de gratitud y afecto y de elevacion de ideas; sufre desengaños sin cuento y no se queja de ello, y siempre noble y activo lleva el agradecimiento, no como pesada carga, sino como dulce consuelo para su corazon.

No es ménos notable en él el sentimiento de la dignidad; ni adula á España, comparándola con otras naciones, ni la ensalza para postergar á las demás: la lisonja no mancha sus lábios, y él mismo dice:

«*Tuve, tengo y tendré los pensamientos  
De toda adulacion libres y exentos.*»

Decir la verdad fué su delito, y en verdad que era preciso, pero duro, revelar al país el desconcierto de ideas en que se

veía envuelto y enseñarle á separar la leyenda de la historia, la fé del misticismo, el honor verdadero de los alardes caballerescos, induciéndolo á unir en amigable consorcio las ideas antiguas con las modernas, que empezaban á alborear. Cervántes no mendigó aplausos, no vendió su pluma; no la puso al servicio de la adulacion ni á merced de los poderosos; siempre noble, siempre grande, siempre con la conciencia de su destino, y su mision sobre la tierra, supo padecer los rigores del abandono y del hambre y las calumnias más infames; supo morir; no supo humillarse ni bajar del alto pedestal en que se había colocado y en que hoy le venera la humanidad.

Como última prueba de la opinion que venimos sustentando y sólo como de pasada, tanto por no alargar este pobre trabajo, cuanto porque el asunto requiere un estudio aparte; citaremos el culto que á la mujer profesa Cervántes, la profunda consideracion que le guarda y el lugar preferente que le dedica; en su vida privada, en sus libros, en sus comedias, en donde quiera que trata de la mujer, lo hace rindiéndola el homenaje más entusiasta, siendo tan galan, tan culto y tan decidido defensor de ella como su *Don Quijote*. Durante su cautiverio, miéntras su permanencia en Argel, estudia profundamente á la mujer musulmana, penetra en los secretos del Harem y hace comparacion admirable entre aquella desgraciada envilecida, postergada, embrutecida, tratada como cosa, y la mujer cristiana, la mujer libre, gala del hogar, amparo de sus hijos, alegría de la familia, compañera inseparable del hombre, báculo de su vejez, encanto de la vida, flor purísima de embriagadores perfumes; siempre amante, siempre amada, ocupando el primer lugar en la sociedad, y recibiendo vasallaje de todo corazon bien nacido. Cervántes pinta la diferencia entre la

mujer sujeta al Señor, sin más lazos que la pasión sensual, y la mujer libre, dueña de su albedrío, señora del hombre á quien sujeta con los dulcísimos é inquebrantables lazos del amor.

Sólo falta, Sres. Académicos, para dar cima á mi obra, ocuparme de Cervántes como cristiano y creyente, y ésto más bien como complemento del tipo moral y acabado del personaje.

La fé, la firmeza en sus creencias, la resignacion en todas sus duras pruebas no necesitan comprobarse; han sido demostradas por ilustres escritores, así como han sido rechazadas con datos inequívocos las calumnias levantadas con el objeto de poner en duda su relijiosidad y la pureza de su catolicismo. Un sábio sacerdote, que fué gloria de esta Academia, y á quien sus graves ocupaciones alejaron de este sitio, nos lo decía en ocasion de conmemorar en Madrid el aniversario del grande hombre. Piadosos fueron sus padres, cristiana fué su educacion, cristianos sus estudios y maestros, cristianos los rasgos de su juventud vigorosa. Oid en Lepanto á Cervántes, y ardiente confesion de fé se escapa de sus labios: «Aunque esté enfermo é con calenturas, decía, más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que bajarme so cubierta.» Contempladle en Argel, y le veréis sufriendo horribles martirios, atado de piés y manos y próximo á ser ahorcado; una palabra puede salvarlo, una abjuracion concederle su libertad, y sin embargo, prefiere los tormentos, arrostra con valor la muerte ántes que renunciar á sus vivísimas creencias y ántes que infamar con una mentira sus cristianos lábios. Vedle tambien emprender gloriosa cruzada; no solamente sujeta á los débiles que intentan renegar, y ruega á los apóstatas para que vuelvan al seno de la Madre Iglesia, sino

que busca á los desgraciados, les consuela en sus aflicciones; parte con ellos su pan, les alienta en el camino de su santa relijion, y de su boca se escapan los torrentes de caridad cristiana en que se abrasa su corazon, entonando al compás de sus hierros, dulces y armoniosos cánticos en honra de la Madre de Dios, de quien fué siempre ferviente adorador.

En sus libros brilla tambien su espíritu cristiano, y nada que pueda un solo instante suponer la duda encontramos en ellos; su *Don Quijote* es un ataque á la supersticion y la incredulidad propaladas en los libros de caballerías, un llamamiento hácia las buenas costumbres; en el Prólogo de sus *Novelas ejemplares* él mismo exclama: «que sus conceptos son tan honestos y medidos con la razon y discurso cristiano, que no podrian mover al mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que los leyere.»

Sus últimos dias son fiel ejemplo de virtudes cristianas; su resignacion no tiene límites, y se despide del mundo con la vista fija en el cielo y suspirando por una gloria merecida, donde recibiría el premio de sus afanes.

Sus mejores biógrafos, los que más han escudriñado los secretos de su vida, nos dicen que Cervántes fué siempre exacto en todas las obligaciones y prácticas de un cristiano católico, y que su celo fervoroso é instruccion sólida en los fundamentos de la fé le empeñó muchas veces en defenderla entre los mismos infieles con grave riesgo de su vida, siendo objeto de envidia su proceder cristiano, honesto y virtuoso. Cervántes, como verdadero filósofo cristiano, supo ser relijioso y timorato sin supersticion, celoso de su creencia y del culto sin fanatismo, y jeneroso y caritativo sin ostentacion. Este fué el hombre juzgado por sus obras y por sus

libros: como español el más entusiasta, como caballero el más cumplido, como cristiano el más fervoroso y resignado. La posteridad le ha hecho justicia, y su nombre se repite con veneracion y respeto, por que significa y representa, génio, virtud, desgracia.

No molestó más vuestra benévola atencion, Sres. Académicos; hartó he abusado de ella, y es tiempo ya de concluir. Si no he conseguido el objeto que me proponía, si mis palabras no han sido dignas, ni del personaje en cuya honra se pronuncian, ni del auditorio que me rodea, culpado á mi pequeñez, no á mi voluntad; lleno de bríos y entusiasmo empecé mi trabajo y pedí á Cervántes un rayo de luz para elevarme á su altura; triste y desanimado lo he concluído; que él merece la más alta elocuencia, la mayor glorificacion, la pluma más inspirada; si todo esto le ha faltado al ser yo quien cante su virtud y su jénio, en cambio le he entregado mi corazon todo, mi pecho ha latido al inspirarse en sus hechos de armas, he suspirado por su libertad al verlo jemir cautivo; he adorado el jénio retratado en sus libros, y he llorado al verlo morir triste, pobre, solo y abandonado; mi entusiasmo y mi veneracion le han seguido desde la cuna al sepulcro tributándole siempre el culto más ardiente.

Cervántes, personificacion de lo grande y de lo bueno, llena de orgullo á todo español y llena con su gloria aquel magnífico siglo XVI, que un compañero nuestro, muerto cuando más podíamos esperar de su talento, y á quien nunca lloraremos bastante, cantaba en estos magníficos versos:

*«Cada edad en un símbolo se encierra,  
Cada siglo su gloria a un hombre toma;*

*A Homero Grecia, y a Virgilio Roma,  
A Dante Italia, a Shakespeare Inglaterra.*

»Grande era España; rayo de la guerra  
Su brazo poderoso al mundo doma:  
Mas grande aún cuando en su Oriente asoma  
El sol del génio que alumbró a la tierra.

»;Soberbia edad que ostenta por blasones  
A San Quintín, a Otumba, y a Lepanto;  
Que de Lassos y Herreras y Leones

»Oyó el sublime y armonioso canto!...  
¡Inmenso siglo! ¡Siglo de gigantes  
Que abrió Colon y que cerró CERVANTES!»

HE DICHO.

---

NOTA.—Los escritores á quienes se hace alusion en el discurso precedente, y de quienes hemos tomado materiales para nuestro trabajo, consultándolos é inspirándonos en sus libros, son entre otros:

Mr. Emile Charles, cuya obra titulada *Michel de Cervantes* es notable por más de un concepto.  
D. Martín Fernandez de Navarrete.  
D. Manuel José Quintana.  
El Marqués de Molins.  
D. Buenaventura Carlos Aribau.  
D. José María Asensio.

OTRA.—El Académico muerto, autor del Soneto que cierra el discurso, es el Sr. D. Francisco Escudero y Perosso.

COMPOSICIONES POÉTICAS.





PRIMER TEMA

UN EPISODIO HISTÓRICO

DE LA

VIDA DE CERVANTES.



## LA MUERTE DE CERVANTES

---

.....¡Oh muerte,  
Alcanzas al mismo sol,  
Que apesar de su arrebol  
Destruyes con mano fuerte!

F. SANCHEZ DEL ARCO.

Era una tarde risueña  
De primavera florida,  
De aquellas en que, adormida  
En ilusion alhagüeña,  
El alma despierta sueña  
Sin inquietud ni desvelo,  
Y siente tanto consuelo  
Y tan inmenso placer  
Que juzga la tierra ver  
Como un pedazo del Cielo.

Velábase en Occidente,  
Entre celajes de oro,  
El Sol, vertiendo un tesoro  
De su roja luz ardiente.  
Murmuraban dulcemente  
Las áuras en la ancha vega  
Donde su cristal despliega  
El inquieto Manzanáres,  
Que, nacido entre pináres,  
A ser cortesano llega.

Toda galas y belleza,  
Y perfumes y frescura,  
Con esplendente hermosura  
Brillaba naturaleza.  
Mas ¡ay! cuando la tristeza  
Se anida en el corazón,  
Cuando de horrible aflicción  
Se siente amargo delirio;  
¿No son acaso un martirio  
Las galas de la creación?

Quizás este pensamiento  
Suspirando revelaba,  
Una mujer, que lloraba  
En un humilde aposento.  
Y con hondo abatimiento  
Sus ojos se dirigían  
A un lecho, donde yacían  
Sus esperanzas postreras:  
¡Flores cuyas primaveras  
Yá nunca más volverían!

Enfermo, débil, anciano,  
Apenado y moribundo,  
Mira su apoyo en el mundo  
Rendido á su mal tirano.  
Combate el dolor insano  
Su ser con tal inclemencia,  
Que á la terrible violencia  
De aquel continuo sufrir  
Está para concluir  
Su trabajada existencia.

## LA MUERTE DE CERVANTES

---

.....¡Oh muerte,  
Alcanzas al mismo sol,  
Que apesar de su arbol  
Destruyes con mano fuerte!

F. SANCHEZ DEL ARCO.

Era una tarde risueña  
De primavera florida,  
De aquellas en que, adormida  
En ilusion alhagüeña,  
El alma despierta sueña  
Sin inquietud ni desvelo,  
Y siente tanto consuelo  
Y tan inmenso placer  
Que juzga la tierra ver  
Como un pedazo del Cielo.

Velábase en Occidente,  
Entre celajes de oro,  
El Sol, vertiendo un tesoro  
De su roja luz ardiente.  
Murmuraban dulcemente  
Las áuras en la ancha vega  
Donde su cristal despliega  
El inquieto Manzanáres,  
Que, nacido entre pináres,  
A ser cortesano llega.

Toda galas y belleza,  
Y perfumes y frescura,  
Con esplendente hermosura  
Brillaba naturaleza.  
Mas ¡ay! cuando la tristeza  
Se anida en el corazón,  
Cuando de horrible aflicción  
Se siente amargo delirio;  
¿No son acaso un martirio  
Las galas de la creación?

Quizás este pensamiento  
Suspirando revelaba,  
Una mujer, que lloraba  
En un humilde aposento.  
Y con hondo abatimiento  
Sus ojos se dirigían  
A un lecho, donde yacían  
Sus esperanzas postreras:  
¡Flores cuyas primaveras  
Yá nunca más volverían!

Enfermo, débil, anciano,  
Apenado y moribundo,  
Mira su apoyo en el mundo  
Rendido á su mal tirano.  
Combate el dolor insano  
Su ser con tal inclemencia,  
Que á la terrible violencia  
De aquel continuo sufrir  
Está para concluir  
Su trabajada existencia.

Como diadema esplendente  
De purpurino arrebol,  
El postrer rayo de sol  
Baña su tranquila frente.  
En ella confusamente  
Con caracteres extraños,  
Las penas y no los años  
Con arrugas escribieron  
Que grandes sus males fueron  
Y grandes sus desengaños.

Génio de luz inmortal  
Olvidado, oscurecido,  
Muere como había vivido  
En abandono fatal.  
Cuando en lucha desigual  
Con su eterna desventura  
Soñó llegar á la altura  
Que en justicia merecía,  
Con dolorosa agonía  
Ve abrirse su sepultura.

¡Ay! los reflejos brillantes  
De su romancesca historia  
Son la corona de gloria  
Del moribundo Cervántes.  
Astros de luces radiantes  
Nacidos de sangre y llanto,  
Que hoy nos muestran el encanto  
Del escritor ingenioso,  
Del soldado valeroso,  
Del cautivo de Lepanto.



¡Amarga cosa es vivir  
A eterno trabajo asido  
Y pobre, y desconocido  
Llegar al cabo á morir!  
¿Qué importa que el porvenir  
Le presente en lontananza,  
La glória que el génio alcanza  
Y tanto á la envidia aterra,  
Si jamás tuvo en la tierra  
Ni proteccion ni esperanza?

Sólo un dulce resplandor  
Su negra suerte colora,  
Y es de la esposa que llora  
El ardiente y puro amor.  
Delicada y bella flor  
Para su dicha nacida,  
Entre lágrimas crecida,  
En las desventuras fuerte,  
Y que lucha con la muerte  
Para dilatar su vida.

Mas ¡ay! ¿Qué sirve el luchar  
Si quiere el poder divino,  
El fin de nuestro camino  
En sus designios marcar?  
Cuando del inmenso mar  
De la eternidad incierta,  
El alma temblando acierta  
A traspasar los umbrales,  
De un largo sueño de males  
Parece que se despierta.

Un anciano trinitario  
 Y dos leales amigos,  
 Son los únicos testigos  
 Del doloroso Calvario;  
 Que en su lecho solitario  
 El triste enfermo padece,  
 Y aún cuando su mal acrece  
 ¡Tal es la injusticia humana,  
 Que en envidiarle se afana  
 Y nunca le compadece!

Mira á su afligida esposa  
 Cervántes, y una sonrisa,  
 Triste y dulce cual la brisa  
 Entre la arboleda umbrosa,  
 Vaga un punto misteriosa  
 En sus lábios al decir  
 Cual si anhelara encubrir  
 El dolor que le domina;  
 —Levántame, Catalina;  
 Quiero probar á escribir.

—¿Y has de poder?...

Anhelante

Por una vaga esperanza  
 Que vislumbra en lontananza  
 Responde la esposa amante.  
 —Sí, más pronto.

Y el semblante

Se nubla del religioso,  
 Y afán triste y doloroso  
 Sienten los amigos fieles  
 Al ver algunos papeles  
 Que ella presenta á su esposo.

Al par con un tierno abrazo  
 Ciñe el cuerpo dolorido,  
 Que se doblega rendido  
 Sobre el amoroso brazo.  
 Al sentir tan dulce lazo  
 Cervántes bendijo al cielo,  
 Que para calmar su anhelo  
 En las penas de la vida,  
 Le dió en su esposa querida  
 El ángel de su consuelo.

La pluma, cetro de glória  
 Sostiene con torpe mano,  
 Y más de una vez en vano  
 Esforzando su memoria,  
 Quiere de su triste história  
 El epílogo decir,  
 Y tornando á sonreír  
 Amorosa y dulcemente  
 Por su voluntad potente  
 Consigue al fin escribir.

«Antiguas las coplas son  
 »Que de este modo dijieran;  
 »Mas ¡ojalá no vinieran  
 »Tan bien en esta ocasion!  
 »Ayer con la Extrema-uncion  
 »El postrero bien recibo:  
 »*Puesto ya el pié en el estribo*  
 »Aunque el espíritu fuerte,  
 »*Con las ansias de la muerte*  
 »*Gran señor, esta te escribo.*»

Así de su protector  
El noble Conde de Lemos,  
Se despide con extremos  
De agradecido fervor.  
A él sólo debió favor  
En su desdicha notoria,  
Y en tierna dedicatoria  
De su novela postrera,  
Legarle Miguel quisiera  
Con su recuerdo su glória.

Y mientras que dominando  
Su padecimiento escribe,  
Y así consuelo recibe  
Catalina está llorando.  
¡Triste el que vive esperando  
Y su esperanza perdida,  
Huye como flor caída  
Que el huracan arrebató,  
Dejando una espina ingrata  
En el alma dolorida!

Poco, muy poco, escribió,  
Y del esfuerzo rendido  
Sobre su lecho, abatido  
El triste enfermo cayó:  
Y á sus amigos miró  
Que en silencio contemplaban  
Esta escena y suspiraban  
Viendo con dolor profundo  
Cuán poco era ya del mundo  
El ingenio que admiraban.

. . . . .  
Lució dos veces la aurora  
Después de este triste día,  
Dando á la vega alegría  
Con su mano bienhechora.  
Y dos veces la canora  
Ligera turba de aves,  
Con sus cánticos suaves  
Por el espacio volando  
Prestaban consuelo blando  
A los dolores más graves.

Como lámpara olvidada  
Que se apaga suavemente,  
Y se vé su llama ardiente  
Por negra sombra velada;  
Así la vida cansada  
De sufrir y padecer,  
Iba al fin á recorrer  
Como errante peregrino,  
El misterioso camino  
De la muerte y el no ser.

Risueño, bello y gentil,  
Y todo luz y colores,  
Y aromas de bellas flores  
Era el veinte y tres de Abril.  
Cuando en delirio febril  
Y dolorosa agonía,  
Al cabo la muerte hería  
Con implacable guadaña  
Al noble génio que España  
Ingrata desconocía.

El lecho de su dolor  
 Como siempre rodeaban,  
 Dos amigos que le amaban:  
 Su esposa y su confesor.  
 ¡Nadie más!! Causa rubor  
 Ver en tan triste abandono,  
 Víctima de ciego encono  
 Y de manejos villanos,  
 Aquél á quien los humanos  
 Alzar debieran un trono.

¡Triste cuadro que se siente  
 Más no acierta á describirse!  
 ¿Cómo pudiera decirse  
 Cuando el alma tiernamente,  
 Huérfana, sola y doliente  
 Busca el alma que ha partido  
 Y con acerbo gemido  
 Que nace del corazón,  
 Demanda á la religion  
 El consuelo que ha perdido?

¡Murió Cervántes! y el llanto  
 De su esposa y sus amigos,  
 Son elocuentes testigos  
 De su profundo quebranto.  
 Puro afecto, noble y santo  
 Que por su mérito inspira;  
 Y más el alma suspira,  
 Al ver que en penas crüeles,  
 El que merece laureles  
 Entre indiferencia espira.

Cuán grande su ingenio fué  
 Dígalo si nó la fama,  
 Que en todo el mundo le aclama  
 Por su entusiasmo y su fé.  
 Do quier su nombre se vé  
 Entre aureolas brillantes,  
 Ni habrá despues, ni hubo ántes  
 Hombre de quien la memoria,  
 Resplandezca con mas glória  
 Que logra la de Cervántes.

¡Rayo de luz eternal,  
 Cuyas valientes creaciones,  
 Son espléndidos florones  
 De tu corona inmortal!  
 ¡Si ves desde el celestial  
 Edén, tu nombre aclamado  
 Y tu *Quijote* buscado  
 Con solicitud estraña,  
 Es que tu madre, tu España,  
 Lo que te debe te ha dado!

Y eso que abatida y triste  
 Entre angustias y dolores  
 En vez de manto de flores  
 Manto de abrojos reviste.  
 Que guerra y muerte resiste  
 Con indomable energía,  
 Y sin embargo este día  
 Olvida su mal prolijo  
 Para honrar al noble hijo  
 Que es su orgullo y su alegría.

Y entre las áuras suaves,  
Y del agua entre el murmullo,  
Y entre el amoroso arrullo  
De las trinadoras aves;  
Y entre los ruidos graves  
Del torrente bramador,  
Grito de inmenso loor  
Resuena de polo á polo:  
¡Cervántes! tu nombre sólo  
Es digno de tal honor!

¡Porque fuiste desdichado  
Y modesto cual valiente,  
Y porque en tu noble frente  
El génio se vió grabado;  
Y esclavo del triste hado  
Que en perseguirte se ensaña  
Fuiste con paciencia extraña  
Durante tu vida inquieta,  
Soldado, escritor, poeta,  
Mártir y glória de España!

*Isabel Cheix Martínez.*

---





SEGUNDO TEMA

---

UN ASUNTO TOMADO DE LA HISTORIA

Ó DE LAS

TRADICIONES DE SEVILLA.



# LEONOR DÁVALOS

¡Qué estatua es tan eterna  
cual tú, tradición santa!

## I

¡Oh pudor! velo santo,  
Velo puro del alma,  
Entre redes de púrpura  
Que la azucena esmaltan,  
La castidad sencilla  
Despide su fragancia.  
Yo contemplé tu aurora  
En rayos de escarlata,  
Brillando en las mejillas,  
De las doncellas castas.  
¡Oh sensitiva hermosa,  
Que al soplo de las auras,  
Cierras tu cáliz bello,  
Huyendo amedrentada,  
Del eco de un suspiro,  
Del són de una palabra,  
Muriendo ante unos lábios  
Temblando á una mirada,  
Tú, del jardín del Cielo  
Eres la flor más grata,  
Tú eres la antorcha pura  
Que ilumina las almas.

¡Oh vírgenes sublimes  
 De cándida ignorancia,  
 Que tanto habláis del cielo  
 Y de la tierra, nada!  
 Que sois de aves y flores  
 Compañeras y hermanas,  
 No son del sol ardiente  
 Esos rayos de grana  
 Que pintan de carmines  
 Vuestras mejillas blancas,  
 Son las sombras que os presta  
 El Ángel de la Guarda,  
 Con los colores puros  
 De sus abiertas alas.  
 Pureza, el Paganismo  
 A sus vestales daba;  
 Honor, daban los dioses;  
 Pudor, la fé Cristiana,  
 Que fué la suave aroma  
 Que el trage embalsamaba  
 De aquella Vírgen, Madre  
 De Dios, Inmaculada,  
 Aroma que esparcieron  
 Las celestiales áuras  
 Para arrullar los dulces  
 Ensueños de la infancia,  
 Para prestar encantos  
 A las doncellas castas,  
 Y para dar al mundo  
 Mártires sácrasantas.

---

¡Oh patíbulo, altar de horrible nombre!  
 Una vez sola te miré entre llanto,  
 Y, tu siniestra imágen me dió espanto,

Y me dió miedo la maldad del hombre.  
 El viejo mundo para aquél que labra,  
 El crimen y la noche en su conciencia,  
 No tiene otro Jordan, ni otra sentencia  
 Que tu espantosa y lúgubre palabra.  
 Aún recuerdo los fúnebres crespones  
 Con que el sol, por no verte.se envolvía,  
 Aún aspiro el hedor que se esparcía  
 En torno de tu tronco tremebundo,  
 Hedor que semejaba el nauseabundo  
 Aliento de podridos panteones.  
 Tronco del árbol, donde sólo el cuervo  
 Halló morada en el ramaje umbrío,  
 Arido tronco que el rigor acerbo  
 Del crudo invierno, alimentó con frío:  
 Yo miré en tus perfiles descarnados,  
 Historias de amarguras y dolores,  
 Momentos de agonía no espresados,  
 Angustias, y quejidos, y terrores...  
 Ví en torno tuyo, con marchitas frentes,  
 Pasar, sombras sangrientas y horrorosas,  
 Criminales, malvados, inocentes....  
 ¡Inocentes! tambien... ¡sombras sin cuento  
 Que envueltas en su fúnebre sudario,  
 Blasfemaban del mónstruo sanguinario,  
 Que tomó con Cain nombre y aliento  
 Para matar á Cristo en el Calvario.

---

¡Ver el hombre la muerte de su hechura!  
 ¡Contemplar el patíbulo afrentoso,  
 Asistir sin llorar á esa amargura,  
 Escuchar el crugido pavoroso  
 Del volcan que devora el cuerpo humano,  
 Y sentir muchas veces salpicada

La frente con la sangre del hermano!...  
 No es para el corazón este horroroso  
 Espectáculo fiero....  
 La humanidad, no tanto se degrada...  
 Es esa muchedumbre encarnizada  
 Ejército carnívoro, espantoso...  
 Repugnante bandada  
 De buitres que en redor de muerta presa  
 Forman círculo horrible y asqueroso.  
 Inmensa multitud en la Laguna  
 Aguarda el cruel suplicio....  
 Mas la plebe feroz por su fortuna  
 Poco esperó. Con ronca gritería,  
 Yá la víctima viene al sacrificio,  
 Yá se acerca, exclamaba, y en tristura  
 Entrando por su calle de Amargura  
 Se vió la procesion de la agonía.

Desarrapados chiquillos  
 Que son baldon de la infancia,  
 Y prólogo de tumultos  
 Y principio de algaradas,  
 Como siempre, á la cabeza  
 De aquel cortejo marchaban.  
 Iban despues los soldados,  
 Paso abriendo en la canalla,  
 Y detrás de ellos dos filas  
 De frailes, con velas blancas.  
 Sobre infamante carreta  
 Que un mal rocin arrastraba,  
 Precedida del verdugo  
 Con su traje de escarlata,  
 Y del ronco pregonero  
 Que la sentencia declama,

Del pueblo oculta á los ojos  
Por un bosque de alabardas,  
Vestida de blanca nieve  
Y por el terror helada,  
La triste Urraca de Ossorio,  
Sin suspiros y sin lágrimas  
Hace de su amarga vida,  
La postrer, triste jornada.  
La comitiva espantosa  
Atraviesa calles, plazas,  
Y al verla sordos rumores  
Compasivos se levantan.  
Rumores que el pregonero  
Con fúnebre acento apaga  
Al gritar: «Esta es justicia  
Que manda nuestro Monarca  
Hacer, en los que traidores  
Se alzaron por Trastamara.»  
Y al pueblo dicen los frailes  
«Rogad á Dios por su alma,»  
Y nadie fija los ojos,  
Ante tan cruda desgracia,  
En la afligida doncella  
Que la carreta acompaña  
Regando el polvo que pisa  
Con el raudal de sus lágrimas.  
Llegó por fin al recinto  
Donde la muerte esperaba,  
La fúnebre comitiva  
Cada vez más aumentada.  
Crece entónçes el tumulto  
Crecen las curiosas ánsias,  
Todos miran á la víctima,  
Todos gritan, todos hablan.  
«Y entónçes el pregonero  
Esta es la justicia, esclama,



Que hace nuestro Rey. El pueblo  
Al nombre de su Monarca,  
Temblando, la frente inclina  
Sintiendo miedo en el alma.  
El verdugo, prende impávido  
Fuego á la leña hacinada,  
Y la infelice matrona  
Siente sus venas heladas,  
Al escuchar cómo crugen,  
Cómo se incendian y estallan  
Aquellos troncos que un día  
En sus florecidas ramas,  
Dieron nido á los amores,  
Deavecillas ignoradas,  
Y del bosque fueron joyas,  
Y perfume de las áuras.  
Yá el fraile lleno de angustia,  
La despide con palabras,  
De Dios y de Cielo... ¡Cielo  
Cuando el fuego que le aguarda  
Muestra el espanto que esconde  
El Averno en sus entrañas!  
Mas la Cruz, ante sus ojos  
Presenta el fraile, y el alma  
De aquella mujer, vislumbra  
Nueva, risueña esperanza.  
Ora un instante, y el pueblo,  
Confuso clamor levanta  
Al contemplar que la víctima,  
Sin sollozos y sin lágrimas,  
A otra mujer, en su seno  
Sostiene, besa y abraza.  
¿Cual de las dos, en la hoguera  
Vá á morir? se preguntaba.  
Y la plebe estremecida  
Tuvo la respuesta, clara,

Oyendo, en dulces acentos  
Estas supremas palabras.

Leonor!—No llores por mí,  
Al contemplar esa hoguera,  
La muerte mas cruda y fiera  
Es separarme de tí.  
Yo muero inocente, sí,  
Pero el destino adversario  
Me juzgó, siempre contrario,  
Al que es justo... ¡no te asombres!  
¡Tambien á Cristo los hombres  
Dieron muerte en el Calvario!—

La muerte no me intimida,  
Ni me amedrenta el suplicio,  
Si Dios me mira propicio  
Y encuentro en Él acogida.  
Ni es más que un sueño la vida,  
Tal vez morir es nacer,  
Y si compra el padecer  
Mayor glória, mayor cielo...  
¡Padecer mucho es mi anhelo  
Para más glória tener!

Cual fénix, de mis cenizas  
Renaceré victoriosa;  
Mi pura esperanza hermosa,  
Tú, cruda hoguera, realizas.  
Si mi cuerpo martirizas  
No quebrantarás mi calma.  
De mártir me dás la palma  
Y cuando el martirio acabe  
Mi triste cuerpo, cual ave  
Volará al cielo mi alma.

Leonor, dulce compañera,  
 Consuelo de mi dolor,  
 Me separan de tu amor  
 Las llamas de aquea hoguera.  
 Une tu oracion sincera  
 Para que cese el encono  
 De mi hijo contra el trono  
 Del Rey que me hace matar  
 Y haz le llegue á perdonar  
 Cual yó al morir le perdono.

Calló la triste matrona  
 Y hablar no pudo Leonor,  
 Pues le quitaba el acento  
 La angustia del corazon.  
 Cayó á sus piés la infelice  
 Cual árbol que rayo hirió  
 Y D.<sup>a</sup> Urraca al mirarla  
 En tan inmensa afliccion  
 Por evitar que la vista  
 Del suplicio, mas dolor  
 Le causára, como madre  
 Su pura frente besó,  
 Y sin ayuda, ni amparo,  
 Firme al cadalso subió  
 Teniendo puestos los ojos  
 En su doncella y en Dios.

La plebe muda y transida  
 De pena y santa emocion,  
 Si miraba á D.<sup>a</sup> Urraca  
 Aun más miraba á Leonor,  
 Que desmayada en el suelo  
 Sin vida en el corazon,  
 Sencilla flor parecía  
 Que de su rama arrancó

La cuchilla cortadora  
De implacable segador.

~~~~~

La hoguera en tanto, sus penachos rojos  
Entre espirales de humo levantaba,  
Y entre secos, crugientes estallidos  
Los maderos bordábanse de grana.  
Sobre aquel mónstruo de encendido aliento,  
Por bárbaro cordel aprisionadas  
Las finas manos al esbelto talle  
Que cadena de hierro sugetaba  
A duro poste, sobre el cual escrito  
Se vía la sentencia encarnizada;  
Cordel que semejaba una serpiente  
Asida al tallo de azucena blanca,  
Sentencia que tal vez por su injusticia  
El INRI de Pilatos recordaba,  
La madre de un Guzman, nieto del Bueno,  
La de Ossorio, matrona infortunada  
Del mónstruo las horribles convulsiones  
Siente latir bajo sus néveas plantas.  
El viento, sin piedad, sobre su frente  
Encrespa nubes de horrorosas llamas  
Que en remolinos vuelven hácia el suelo  
Y ante sus piés, cual olas se desmayan.  
Y lleva el viento en la ocasion aquella  
Tanto génio infernal entre sus alas  
Que, al par que aviva el criminal brasero,  
Mayor tormento á la de Ossorio manda.  
Con torpe anhelo bajo el blanco trage  
Se agita y se deprime y se agiganta,  
Y en impúdicas ondas elevándose  
La fácil tela, desnudó nefanda  
Tesoros del pudor, que hallan la muerte

Al encontrar del hombre la mirada.  
 El viento mancillaba la pureza  
 De aquella triste mártir, que pugnaba  
 En medio del dolor de su agonía  
 Por desatar sus manos laceradas  
 Y ocultar el semblante enrojecido  
 Por la vergüenza sí, no por la llama.  
 Pero el viento quizá compasion tuvo  
 Y con el traje le cubrió la cara.

Y, ¡oh bárbara impureza de los hombres!  
 ¡Baldon eterno de la raza humana!  
 ¡Apetito brutal! tú alzaste inícuo  
 Asquerosas y horribles carcajadas  
 En torno del suplicio; tú infamaste  
 El altar de la Muerte, horrorizada  
 Al hallar en humanos, más fiera  
 Que en su espantosa y lúgubre guadaña.  
 ¡Infamar á la Muerte y al tormento!  
 Mas ¿qué respetas tú, lepra del alma?  
 Si en tu ambicion, de la sencilla vírgen  
 El puro cáliz con furor desgarras,  
 Si nada de tu afan libre se mira,  
 Si tu mano deshonra hasta la infancia,  
 Si hasta hiena, descienes á las tumbas,  
 Si hasta el cielo, sacrílega, te alzas,  
 ¡Qué extraño que al mirar lo que miraste  
 No vieses la agonía, ni las lágrimas,  
 Y hallases bueno, por gozar del crimen,  
 Lecho formado de horrorosas llamas!

~~~~~

La plebe con gritería,  
 A carcajadas reía,  
 Risa tan torpe y tan loca  
 Que brotada de la boca  
 De Lucifer parecía.

Carcajadas que el dolor  
 Del cadalso hacían mayor;  
 Infames, roncós ahullidos,  
 Que zumbando en sus oídos  
 Despertaron á Leonor.

La pobre niña, en su afán  
 Miró el ardiente volcán,  
 Y el nuevo horror miró en él  
 Y oyó la risa cruel  
 Que alborozaba á Satan.

Y en medio de su agonía  
 Creyó la triste que oía  
 Grito que á su pecho hablaba,  
 Lamento que le arrastraba  
 Hacia aquella hoguera impía.

Y no era grito de amor....  
 Era la voz del pudor,  
 Que al ver en virtud agena  
 ¡Tanta infamia! ¡tanta pena!  
 Alzaba santo clamor.

Grito que lleno de anhelo  
 Llegaba pidiendo al cielo,  
 Porque, cual celeste escudo,  
 A aquel honor ¡tan desnudo!  
 Piadoso tendiera un velo.

Leonor se siente morir;  
 Mas, entre el rudo sufrir,  
 Se le ocurre un pensamiento,  
 Y es.... el dar vida y aliento  
 Y honra agena redimir.

Y, cual paloma ligera  
 Que en la verde primavera  
 Tiende el vuelo al dulce nido,  
 Voló al brasero encendido,  
 En delirante carrera.

Y la madre de Guzman  
 Al ver de Leonor la empresa,  
 Olvida el calor del fuego  
 Que hasta sus huesos penetra.  
 Lucha por romper los nudos,  
 Que sus manos encarcelan,  
 Pues quiere abrazar el cuerpo  
 Que viste y cubre su ofensa.  
 Nada dice, hablar no puede,  
 Mas el llanto con que riega,  
 La frente de su Leonor  
 Bendice, suspira y besa.  
 ¡Que el llanto, en sus limpias gotas  
 Acentos del alma lleva!  
 Las llamas crecen y crecen,  
 El viento aviva la hoguera  
 Y nubes de fuego y humo  
 Se alzan sobre sus cabezas.

Leonor dá un grito, uno sólo.  
 Siente una roja culebra  
 Que en sus escamas de fuego  
 Su vírgen cintura aprieta.  
 Se alza entónces, y la plebe  
 Miró llorando, la escena  
 Más horrible.—En un abrazo  
 La noble mártir estrecha  
 El cuerpo yá marchitado  
 De su idolatrada dueña.  
 Y como en nido encantado,  
 Cuando el sol túbio se aleja,  
 La paloma entre sus alas  
 Oculta arrullando tierna  
 De su amante enamorada  
 La blanca y pura cabeza,  
 Así Leonor en sus hombros

De nieve que se deshiela,  
 Esconde la frente pura  
 De Urraca, que yá sin fuerzas  
 Sólo con suspiros habla,  
 Y con lágrimas espresa  
 Las bendiciones del cielo,  
 La gratitud de la tierra.

.....  
 ¿Qué fué?—Las llamas formaron  
 Dos círculos, dos diademas:  
 Sólo se vieron cenizas  
 Cuando se apagó la hoguera.  
 ¡Las almas...!—¡Allá en el cielo,  
 De los humanos se quejan!

~~~~~  
 No hay mármol que celebre  
 Con caprichosa estatua,  
 La historia inmarcesible  
 De tan pasmosa hazaña.  
 Pero el sencillo vulgo  
 Que su memoria guarda,  
 Cuenta la triste historia  
 Entre raudal de lágrimas,  
 Y un siglo que la escucha,  
 Al otro la relata...  
 ¡Qué estatua es tan eterna  
 Cual tú, tradicion santa!

*Manuel Cano y Cueto.*

~~~~~





## FERNANDO DE HERRERA.

¡Dichoso yó si alcanzo lo que pido!

F. DE HERRERA.

### I.

Sevilla, vergel querido  
Del árabe en otro tiempo,  
A cuyo recuerdo llanto  
Aún vierte allá en el desierto,  
La ciudad que, reclinada  
A la sombra del soberbio  
Monumento que al Creador  
La Fé y el Arte erigieron,  
Cual poderosa sultana  
Oye el rumor soñoliento  
De las cristalinas ondas  
Del Guadalquivir sereno,  
Mientras en manto de flores  
Se envuelve, y cual puro incienso  
Le ofrecen su grato aroma  
Naranjos y limoneros.  
Del sol la hermosa querida,  
La eterna mansion del génio,  
La que su nombre la fama  
Grabó con letras de fuego;

Entre tinieblas oculta  
 Yace en profundo silencio,  
 Y pensando en sus grandezas  
 Reposó en brazos del sueño.

Sueño que arrulló otro día  
 Moruna guzla gimiendo;  
 Sueño que turbó cien veces  
 El Monarca justiciero;

Y que ahora sólo interrumpen  
 Quejas de amorosos celos,  
 Que á damas dán en la reja  
 Enamorados mancebos.



En el palacio del Conde  
 De Gélves, noble heredero  
 De títulos y fortuna  
 Y hombre de claro talento,  
 En un salon espacioso  
 De rico tapíz cubierto,  
 Que una opaca luz alumbra  
 Con misteriosos reflejos,  
 Dibujando en las paredes  
 Mil sombras, que, cual espectros,  
 Ya presurosas se ajitan  
 Al compás de los destellos,  
 O ya corriendo medrosas,  
 Pegándose al duro cedro,  
 En las labores se ocultan  
 Del artesonado techo:

Sentado junto á una mesa  
 Un apuesto caballero,  
 Jóven, de mirada altiva  
 Y luengo y blondo cabello,

Habla, con voz reposada  
 Y con angustiado acento,  
 A un ilustre personaje  
 Que, en trage talar envuelto,  
 Próximo á él, silencioso  
 É inmóvil sobre su asiento,  
 Le escucha sin replicar,  
 La vista fija en el suelo.

Y en un sitio, colocado  
 Del salon en un extremo,  
 Junto á una gran chimenea  
 De bruñido jaspe negro,  
 Reposa una ilustre dama  
 En cuyo rostro hechicero  
 Marcadas están las huellas  
 De profundos sufrimientos.

—«Ved; dice el Conde de Gélves,  
 Que es el noble caballero  
 Que hablando al *divino* Herrera  
 Turba el profundo silencio,

»Yo sus más leves antojos  
 Por complacerla obedezco,  
 Y por mejorar su estado  
 Diera, Herrera, cuanto tengo.

»A su estraña enfermedad  
 La ciencia no halla remedio,  
 Y cual funeraria antorcha  
 Se vá su vida estinguiendo.

»¡Vos comprender no podéis  
 Cuánto al mirarla padezco!...»  
 Herrera, ahogando un suspiro,  
 Replica:—«¡Sí; lo comprendo!....»

—«Amarla cual yo la amo,  
 Quererla cual yo la quiero,  
 Verla padecer y triste  
 No hallar á su mal consuelo;

»Es una pena tan grande,  
Es un dolor tan acerbò,  
Que tan sólo quien le sufre,  
Puede ¡ay de mí! comprenderlo!....»

Herrera inclina la frente  
Sobre su agitado pecho  
Y sollozando repite:  
—«¡Sí, Conde, sí, lo comprendo!....»

—«Señor,» un paje interrumpe,  
Alzando el tapiz soberbio  
De la entrada.

—«Qué hay?»

—«Os buscan

Aquí.»

—«Quién?

—«Dos caballeros,

Que de hablaros manifiestan  
Tener vehemente deseo.»

—«Voy. Esperad vos aquí,  
Herrera, que presto vuelvo.»

Y esto diciendo salió  
De la estancia con pié lento,  
Y el eco de sus pisadas  
Se fué estinguiendo á lo léjos.

Al verle salir murmura  
Herrera con triste acento:  
—«Dichoso tú, que no añades  
A esos tus males los celos!»

## II.

Solo Herrera, y frente á frente  
De la mujer que adoraba,  
Sintió brotar en su mente  
Una idéa que inclemente  
Su cerebro atormentaba.

Ni el más pequeño rumor  
 Percibe, aunque ávido escucha,  
 Y aumentando su dolor  
 Entre el deber y el amor  
 Se entabla sangrienta lucha.

Lucha en la que el desgraciado  
 En vano implora consuelos;  
 Que su pecho lacerado  
 Es un volcan inflamado  
 Por la furia de los celos.

En su loco frenesí  
 Esclama:—«¿Qué he de hacer yó,  
 Si escucho dentro de mí  
 Una voz gritarme: «sí»  
 Y otra voz gritarme: «nó?»

»Si á mis pasiones alhago  
 Falto aleve á la amistad.....  
 Si á la amistad satisfago,  
 Entónces..... ¡Cielos! ¿qué hago?...  
 ¡Piedad, Dios mio, piedad!.....

»Ocultar ésta pasion  
 Y este afecto sin segundo  
 No puedo; que el corazon  
 Es muy estrecha prision  
 Para un amor tan profundo!

»Y serán nécios antojos  
 Si juzga nuevos agravios,  
 Que aquí, á sus plantas de hinojos  
 Lo que yá han dicho mis ojos  
 Repitan no más mis labios.

»Este martirio horroroso,  
Esta duda al fin acabe;  
Si no puedo ser dichoso  
Sucumbiré venturoso  
Sabiendo que ella lo sabe.

»Tente, tente, fantasía,  
No así turbes mi razón;  
Si amarla no es culpa mía,  
Decírselo ya sería  
Criminal, cobarde acción.

»Tal vez si ella me quisiera....  
¡Jamás querrá su deshonra!  
Quizás si yo le dijera.....  
¡Nunca: pensarlo siquiera  
Fuera mancillar su honra!»

Reflexiona y decidido  
Esclama:—«Sí, no volver  
A verla, y darla al olvido,  
Y así quedará vencido  
El amor por el deber.»

---

Dispónese á salir, cuando confuso  
Y misterioso llega á sus oídos  
El eco de una frase entrecortada  
Mezclado con el eco de un suspiro.  
Sus pupilas ardientes fija Herrera  
En el extremo del salón sombrío,  
Y al rojo resplandor de incierta llama  
Estasiado contempla al sér querido.  
Con la boca entrecabierta, conteniendo  
Del corazón rebelde los latidos,

Dilatados sus ojos, cuyos párpados  
Baña abrasado llanto comprimido.

Con paso acelerado y vacilante,  
En su frente sintiendo un sudor frío,  
A impulsos de una fuerza irresistible  
Camina, como el reo hácia el suplicio.

Llega á donde ella está, tiemblose apoya  
En el respaldo del sitial macizo  
Dó reposa Leonor, y avergonzado  
Quédase inmóvil, con el rostro lívido.

### III.

Allí, la dama ilustre y poderosa  
De hermosura y virtud claro modelo,  
La Condesa de Gélves, dormitaba  
Vencida por la fiebre y por el sueño.

Cual pálida azucena, cuyo tallo  
Tronchó inhumano el aquilon violento,  
Su purísima frente doblégaba  
Sobre su hermoso y nacarado seno:

Sus sonrosados párpados cubrían  
De sus pupilas el ardiente fuego,  
Cual sonrosadas, transparentes nubes  
Cubren del sol radiante los destellos:

En torno de sus ojos se ostentaban  
Amorados y azulados cercos,  
Y surcaban sus pálidas mejillas  
Hermosas venas de color de cielo.

Sobre su blanca y tornéada espalda  
Y acariciando sus redondos pechos,  
Se estendían, cual red de luz y oro,  
Las doradas guedejas de su pelo.

Aquel tranquilo mar se deprimía  
O elevada con grato movimiento,



A impulsos del latido acompasado  
De un corazón de padecer deshecho.

Sus labios abrasados por la fiebre  
Dejaban escapar entre su aliento  
Palabras misteriosas y confusas  
Mezcladas con suspiros y lamentos.

Siente al mirarla Herrera allá en su mente  
Brotar cual blanca nube un pensamiento,  
La nube se ajiganta, y al fin ruge  
Borrascosa tormenta en su cerebro.

Olvídase de todo, y anhelante,  
A su inmensa pasión al fin cediendo,  
Se inclina hacia la hermosa y se estasia  
De ella al sentir el perfumado aliento.

Ébrio ya de placer su nombre escucha  
Pronunciar á Leonor en sus ensueños,  
Y en un punto sus labios se juntaron,  
Y en un punto sus almas se fundieron.

En el recinto del salón sombrío  
Del beso criminal resonó el eco,  
Y altivo Herrera se incorpora y grita:  
«¿Quién es?» Temblando de furor y celos.

Y al ver su sombra silenciosa y grave  
Alzarse ante su vista cual espectro  
Misterioso, replica: «¡Es mi conciencia!...  
¡Es la voz de mi Dios á quien ofendo!»

Hacia la puerta presuroso corre  
Y al pisar de la calle el pavimento  
Vuelve la vista atrás y vé á su sombra  
Que implacable doquier le vá siguiendo.

La condesa, al sentir sobre sus lábios  
Otros lábios posarse, y en su seno  
Penetrar, cual la esencia de las flores  
Otro aliento mezclado con su aliento.

Sobresaltada se despierta, y mira  
 En torno con afán, y esclama luego,  
 Al verse sola en la medrosa estancia:  
 «¡Horrible realidad y horrible sueño!»

## IV.

En vano la ciencia apura  
 Sus recursos, por salvar  
 A Leonor, su malestar  
 Solo la muerte lo cura.

Víctima de intenso amor  
 Quiere sofocarlo y muere,  
 Que, honrada y noble prefiere  
 A la existencia el honor.

Marchita yá su hermosura,  
 La cabeza doblada  
 Sobre el pecho, y la mirada  
 Triste, vaga é insegura.

Reposa en alto sillón  
 De rico tapiz forrado,  
 Frente á frente colocado  
 De un espacioso balcón;

Los rayos del sol naciénté,  
 Que en la estancia penetraban,  
 Sus trenzas acariciaban,  
 Besando su casta frente;

Miéntas, saludando al día,  
 Con dulces trinos súaves  
 Cantaban léjos las aves  
 Himnos de amor y alegría;

Y sus corolas de nieve  
 Las bellas flores abriendo  
 Amantes iban cubriendo  
 De aromas el áura leve.

¡Cuán horrible era la suerte  
 De aquel alma desvalida,  
 Viendo despertar la vida  
 Yá en los brazos de la muerte!  
 —«Al fin voy á sucumbir;»  
 Dice Leonor suspirando,  
 Y despues la vista alzando:  
 —«Al fin cesa mi sufrir.»  
 «Si en este mundo los dos  
 Jamás unirnos podemos,  
 Muy pronto nos unirémos  
 En la presencia de Dios.»

Sus ojos se entornan, sus lábios de rosa  
 Se agitan tomando del lirio el color,  
 Sus nervios se crispan, su voz armoniosa  
 Se apaga, se estingue cual ténue rumor.

Su frente se inclina; los dientes oprime;  
 Retuerce los brazos con furia tenaz;  
 Su mórbido seno la muerte deprime,  
 Y rojas espumas inundan su faz.

Y allá en las esferas, cual santo querube,  
 Lanzando en el éter reflejos de luz  
 Se vé vaporosa blanquísima nube  
 Que borda del cielo la túnica azul.

## V.

En los mares de Occidente  
 Sepulta su cabellera  
 El sol, poblándose el mundo  
 De misteriosas tinieblas.

En oscuro cementerio  
 Que baña la luz incierta  
 De la luna melancólica  
 Que vaga por la ancha esfera,

Un hombre inmóvil, sombrío,  
 Junto á un sepulcro de piedra,  
 Cruzados entrambos brazos  
 É inclinada la cabeza,  
 Exhala tristes sollozos  
 Que el viento en sus alas lleva,  
 Y en su delirio repite:  
 «¡Despierta, Leonor, despierta!»  
 «Vén á calmar mis pesares,  
 Vén á mitigar mis penas;  
 Vén á los brazos del hombre  
 Que más te quiso en la tierra!»  
 El eco de sus palabras  
 De tumba en tumba resuena,  
 Las sombras de los sepulcros  
 Parecen moverse inquietas;  
 Las campanas á lo léjos  
 Tocando á muerto voltéan,  
 Y los cipreses ondulan  
 A impulsos del áura leda;  
 Las inciertas lucecillas,  
 Que lucen un punto apénas,  
 Rojas pupilas parecen  
 Que le miran, que le observan....  
 Sus palabras yá le espantan,  
 Todo cuanto vé le aterra,  
 Y doblando las rodillas,  
 «¡Perdon!» dice con voz trémula.  
 El llanto brota en sus ojos  
 Y por sus mejillas rueda,  
 Y con voz entrecortada  
 Esclama el divino Herrera:

*»En un mismo lugar estó, y no véo  
 La luz que a el alma da virtud crecida,  
 Y pierdo el bien que siempre ver deséo.*

*»¡Grande dolor! pero en cuitada vida*

*Bien lo debe abrazar quien lo consiente  
Y sufre sustentar esta caída.*

.....  
» *No es mi queja mayor que mi tormento,  
Que el corazón que tengo es bien bastante  
Para cualquier profundo sentimiento.*

» *Mas éste que padezco va delante  
A todos cuantos tiene el amor fiero,  
Ni puede alguno ser su semejante.*

» *Desconfío, aborrezco, amo, espero,  
Y llega a tal extremo el desconcierto,  
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.*

» *Testigo es de mis males el desierto  
Que me vé en su desnuda y roja arena  
Vencido de dolor y casi muerto.*

» *Candida luna que con luz serena  
Oyes atentamente el llanto mio,*

» *¿Has visto en otro amante otra igual pena?» (\*)*

Lleno de santa emocion  
Sus lábios posa en la piedra,  
Y el contacto de aquel mármol  
Su ardiente corazón hiela.

Se alza, contempla la tumba  
Con gozo, y al par con pena,  
Y el llanto enjuga diciendo:  
—«¡Reposa en paz, Leonor bella!»

---

(\*) Elegía de Herrera á la muerte de la Condesa de Gélves.

## EPÍLOGO.

---

Funeraria comitiva  
Toda Sevilla atraviesa,  
Y el pueblo llorando dice:  
«Murió Fernando de Herrera.»  
No ha muerto, nó, que su espíritu  
Voló á la celeste esfera  
Para unirse con el alma  
De Leonor en boda eterna.  
Y sus obras inmortales  
Dejó tras de sí en la tierra;  
Para gloria de Sevilla  
Y orgullo de España entera.





## ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Actas. . . . .	4
Discurso del Sr. D. Gonzalo Segovia. . . . .	11
<i>La Muerte de Cervántes</i> , por D. <sup>a</sup> Isabel Cheix. . . . .	33
<i>Leonor Dávalos</i> , por D. Manuel Cano y Cueto. . . . .	47
<i>Fernando de Herrera</i> , por D. José Sanchez Arjona. . . . .	61



## ERRATAS.

PÁJ. <sup>o</sup>	LÍN. <sup>o</sup>	DICE	LÉASE
14	28	desafiarla	desafiarla.
"	29	en aquel	En aquel
"	30	nacional.	nacional,
17	10	Alger	Argel
"	13	Alger	Argel
19	30	no los	nos lo
37	4	Calvario;	Calvario,
"	25	más	mas
40	24	Abril.	Abril;
41	9	Aquel	A aquel
42	24	reviste.	reviste;
48	19	la suave	el suave
52	1	Rey.	Rey.»
53	8	adversario	nefario
54	20	mas'	más
58	2	el cuerpo ya marchitado	el yá marchitado cuerpo
67	24	Amoratados	Encantadores
"	última.	elevada	elevaba

